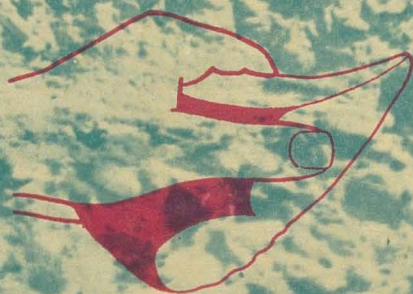
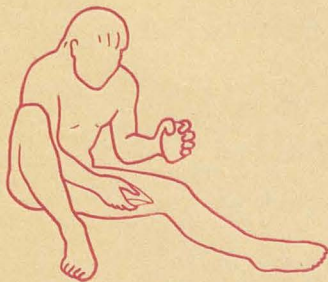


MAXIMO MARTIN AGUADO

**EL
HOMBRE
PRIMITIVO
EN
TOLEDO**





«Un canto, sostenido en la mano izquierda, se golpea con otro, empuñado con la mano derecha...»

Así suelen decir quienes tratan de explicar la talla de las piedras por percusión directa. ¿Y por qué no lo contrario?:

«Un canto, sostenido en la mano derecha, se golpea con otro, empuñado con la mano izquierda...»

En este trabajo se apunta la posibilidad de que los primeros habitantes de Toledo fueran ambidextros, es decir, igualmente hábiles, o igualmente inhábiles, con las dos manos, y, por lo tanto, capaces de emplear, en todos sus trabajos, la mano derecha o la izquierda, según conviniera más a sus propósitos.

Dibujo de
D. EMILIANO CASTAÑOS
y del
AUTOR



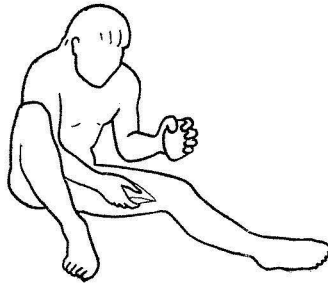




M Á X I M O M A R T Í N A G U A D O

CATEDRÁTICO DE CIENCIAS NATURALES DEL INSTITUTO DE TOLEDO
ACADÉMICO NUMERARIO DE LA REAL DE BELLAS
ARTES Y CIENCIAS HISTÓRICAS DE TOLEDO

EL HOMBRE PRIMITIVO EN TOLEDO



Separata de TOLETVM

Núm. 3 (1960-62)

Páginas 175 - 206

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
Introducción.....	9 (175)
I.—Presencia del hombre primitivo en nuestras graveras.	13 (179)
II.—Los primitivos habitantes de Toledo en el tiempo....	17 (183)
III.—El Tajo: historia de un río.....	23 (189)
IV.—Los primeros habitantes de nuestro peñón en el espacio.....	27 (193)
V.—La industria de Pinedo.	29 (195)
VI.—Toledo y sus dos contornos.....	35 (201)
Apéndice: Algunos datos sobre hallazgos incontrola- dos de las graveras.....	37 (203)
Resumen.....	39 (205)
Láminas.....	41 (207)



EL HOMBRE PRIMITIVO EN TOLEDO



Disertación del 27 de Marzo de 1960,
en la Real Academia de Bellas Artes y
Ciencias Históricas de Toledo.

INTRODUCCIÓN

Como se recordará, el pasado mes de Noviembre, recién llegado yo a Toledo, apareció en la gravera de Buenavista la calavera de un elefante, al que se consideró como mamut (lám. I).

No era ésta, desde luego, la primera vez que en las graveras de Toledo se encontraban restos de animales prehistóricos. Pero en esta ocasión, la decidida intervención de mi antecesor en la cátedra, D. Emiliano Castaños (1), para que ese material fuera recogido y estudiado, así como la valiosa colaboración informativa del periodista D. Luis Moreno Nieto, convirtieron el hallazgo de Buenavista en noticia nacional, cuyo eco perduró en la prensa local durante más de un mes. De esta manera, todos nos vimos en el trance de opinar sobre él.

Mis puntos de vista quedaron recogidos en diversas noticias de la prensa de aquellos días y, sobre todo, en el reportaje y el artículo que publiqué en varios números de Diciembre del semanario local «Toledo» (Título del reportaje, *¿Mamut o elefante antiguo?*. Del artículo, *Los dos elefantes de Toledo: nota final sobre el mamut*). Su contenido, resumido en lo que ahora interesa, puede expresarse así:

1. El elefante de Buenavista no es un mamut. Se trata, probablemente, de un macho joven (menos de 30 años) de *Elephas antiquus*.

2. Tanto la gravera de Buenavista como las de Pinedo, y todas aquellas que tienen un emplazamiento equivalente, forman

(1) D. Emiliano tuvo noticia del hallazgo por su alumno D. Juan Delgado, que había recogido antes algunos huesos de las graveras.

parte de una misma terraza, de unos 35 metros, desconocida hasta ahora en este sector del río.

3. Dicha terraza debe estar formada en la base (donde aparece la fauna) por aluviones del Gran Interglacial (antigüedad del fósil de Buenavista, unos 300.000 años) y en la coronación (sin fauna conocida) por depósitos de la tercera glaciación.

4. Es de esperar que, asociada a la fauna, se encuentre en ella la correspondiente industria del Paleolítico inferior. Dicho de otro modo: las graveras de la nueva terraza pueden encerrar el secreto de la primera población prehistórica de Toledo.

Aunque todo esto suponía una primera interpretación bastante completa del hallazgo, mi propósito era seguir dedicado a otras tareas de investigación, iniciadas años antes en Canarias. Pero aún no había dejado de hablarse del mamut en Toledo cuando habíamos encontrado ya las primeras piedras talladas, localizado en las graveras de Pinedo su yacimiento principal (2), y recogido en él muchos cientos de ejemplares (3) (láms. IV, V, VI).

Por si esto no bastara, y como si nuestra tierra hubiera querido desembarazarse en un momento de todo el potencial prehistórico acumulado en ella durante miles de siglos, en todas las graveras en explotación, pero más especialmente también en las de Pinedo, empezaron a producirse otros hallazgos semejantes al de Buenavista (láms. I, II, III). Entre quienes trabajaban en ellas se estableció una especie de patriótica competencia por encontrar el mejor trofeo, y en muy poco tiempo he podido reunir, igualmente, una gran cantidad de este material, aunque lamentablemente tan destruido como mal localizado en los aluviones.

Resultaba literalmente cierto, como había dicho en el artículo antes citado, que Toledo estaba dilapidando un verdadero tesoro. Un tesoro de huesos y de piedras, al que los toledanos no estábamos acostumbrados, porque para nosotros, incluso para los eruditos, lo arqueológico apenas iba más allá de lo romano. Y tratando de recogerle e interpretarle, he ido olvidando mis

(2) Contribuyeron a este descubrimiento otros investigadores y amigos: Gómez de Llerena, P. Emiliano Aguirre, S. J., Roquero de Laburu, etc.

(3) Ayudado por diversos alumnos, entre los que es forzoso destacar, tanto por su eficacia como por su entusiasmo, a D. Francisco José Giles.

antiguas aficiones botánicas y, sin proponérmelo, me he encontrado convertido, por la fuerza de las circunstancias, en el historiador de los tiempos más antiguos de Toledo. Cambio lógico, porque los catedráticos de Instituto apenas tenemos tiempo para ocuparnos sino de aquello que nos queda más a mano.

En esta situación se me ha comunicado el nombramiento de Correspondiente y, para corresponder, realmente, a tan señalada distinción, he preparado este trabajo. Con él no pretendo, únicamente, dar cuenta a un grupo de especialistas de los hallazgos y descubrimientos más importantes realizados, hasta ahora, en la provincia de Toledo (tarea, por lo demás, innecesaria donde, como aquí, podemos cambiar entre nosotros impresiones a diario), sino, además, interpretarlos; dar a conocer a nuestros paisanos, en la casa de sus eruditos, pero en el lenguaje de todos, el significado y el alcance de tales hallazgos y descubrimientos; esbozar, sobre esa base, una primera versión de nuestra prehistoria, hasta aquí tan desconocida: buscar, en suma, la dimensión real que Toledo tiene en el tiempo, para ayudar a desterrar los mitos y leyendas forjados por los historiadores de otras épocas en torno a su origen.

La forma de expresión acusará por eso, desde el principio, un cierto afán informativo (tan importante como contribuir a acrecentar el saber, es acertar a difundirle, a tender puentes entre la cultura general y las fuentes del progreso), e incluso, de vez en cuando, alguna preocupación literaria por presentar el tema de modo más brillante y atractivo. Es la respuesta lógica, casi automática, del autor a su ambiente.

Como los especialistas no necesitan, sin embargo, detenerse en tales consideraciones, un Apéndice, expresamente redactado para ellos, y un Resumen, les permitirá hacerse cargo, en poquísimos tiempo, de las principales novedades contenidas en este trabajo o relacionadas con él.

No hará falta advertir que, por grande que fuera nuestra capacidad de acierto, ni esta obra ni las que puedan seguirle durante algún tiempo, podrán contener mas que primeras ideas, muy provisorias, que habrán de sufrir, necesariamente, muchas rectificaciones en el futuro.



I.—PRESENCIA DEL HOMBRE PRIMITIVO EN NUESTRAS GRAVERAS

La presencia del hombre sobre la Tierra se delata, no tanto por el hallazgo de sus primeros restos fósiles, como por el de los primeros toscos objetos de su industria. Los frágiles huesos humanos, sustraídos muchas veces a su destino natural mediante la práctica, muy antigua, de los enterramientos, o aniquilados por el hombre mismo en un puro delirio de antropofagia, no han soportado tan bien como las piedras la acción demoleadora del tiempo, y raramente podemos contar, por eso, con su enorme valor documental (4). Así, en Europa, apenas se conocen restos humanos anteriores a la tercera glaciación, mientras que los objetos de su industria se prodigan, seguramente, desde los tiempos de la glaciación primera (5).

Por esta razón conocemos mucho mejor las cosas del hombre primitivo que al hombre mismo y, en consecuencia, no siempre es posible decidir a qué tipo humano puede corresponder una determinada cultura, sobre todo si se trata de una cultura muy antigua.

Decimos esto por nuestro reciente descubrimiento en Pinedo de numerosas piedras talladas, que testifican la presencia en Toledo de esa primera población prehistórica presentida en uno de nuestros escritos anteriores. Porque ellas nos traen el mensaje cierto de un hombre al que, sin embargo, desconocemos por completo (6).

La sospecha más viva de que este desconocido del Paleolítico anduvo por aquí hacia el fin del segundo interglacial, hace unos

(4) La causa principal de que no se encuentren restos humanos en nuestras graveras no debe ser ninguna de las indicadas, sino las malas condiciones de fosilización de estos yacimientos. Por otra parte, tampoco se han explorado tan detenidamente como para poder asegurar que carecen de ellos.

(5) Como no se conoce con seguridad el número de glaciaciones cuaternarias, es inadecuado designarlas ordinalmente. Pero es el mejor modo de recordarlas sin esfuerzo. En este trabajo nos referimos siempre a las cuatro glaciaciones alpinas clásicas, dentro de las cuales cae toda la Prehistoria: 1.^a o Günz; 2.^a o Mindel; 3.^a o Riss; 4.^a o Würm. Los correspondientes periodos interglaciales son, por tanto: 1.^o o Günz-Mindel; 2.^o o Mindel-Riss (Gran interglacial); 3.^o o Riss-Würm. Los tiempos anteriores al Günz constituyen el Preglacial o interglacial Donau-Günz, según interpretaciones. Los posteriores al Würm, el Postglacial o interglacial actual, según criterios.

(6) Desde luego debe tratarse de una población ante-neandertal.

300.000 años, la tuvimos al estudiar los restos de elefantes y de otros animales encontrados antes en las graveras, y datados por nosotros como pertenecientes al citado interglacial. Si todos ellos hubieran muerto por causas naturales, sus esqueletos no se habrían concentrado de ese modo, ni estarían tan destruídos, ni sus huesos se presentarían tan rotos, pues casi todos aparecen abiertos, como si se hubiera querido aprovechar el tuétano. Además, pertenecerían, sobre todo, a animales adultos. No sucedía así. El elefante de Buenavista era un macho joven, de menos de 30 años. Y uno de los últimos encontrados en Pinedo, un pequeño «dumbo» de menos de cinco. Semejante estado de cosas tenía que ser, por fuerza, obra del hombre.

Las hachas encontradas ahora vienen a confirmarlo. A persuadirnos de que fue el mismo autor de esa industria el que formó estos cementerios zoológicos que son hoy nuestras graveras. En ellas nos han dejado los restos de los animales que le sirvieron de alimento (7), y también, a falta de sus propios huesos, todo el arsenal lítico de que se valió para dominar a la naturaleza circundante: las piedras que atesoran los aluviones del Tajo, y de cuyo estudio debemos inferir algunas particularidades sobre la existencia del artífice que las talló.

Sin embargo, el estudio de piedras con talla tan tosca presenta, en sí mismo, dificultades considerables. ¿Hasta dónde pueden ser obra de agentes naturales y desde dónde aparecen talladas con intención realmente humana? He aquí uno de los problemas que fue más debatido en el campo de la Ciencia, y que se nos plantea ahora a nosotros, a cada paso, en Toledo, al intentar buscar en las graveras, o en los montones de grava destinados al arreglo de las calles (lám. VII), algún rastro de nuestro hombre del Paleolítico (8).

(7) No de todos. Por la permeabilidad de sus materiales, las graveras presentan muy malas condiciones de fosilización, y no se han conservado en ellas mas que las piezas más resistentes de los animales mayores. Los esqueletos de los mamíferos pequeños y de los peces, que también debieron formar parte de su dieta, han desaparecido. Lo mismo cabe decir de toda clase de restos vegetales: alimentos, armas, vivienda, etc.

(8) En verdad esta dificultad es más teórica que real. Nosotros no la padecemos sino al principio. Una vez descubierto el yacimiento, es casi imposible que surja un solo caso de duda. Hoy, hasta los obreros distinguen, con seguridad, las piedras que están «tocadas», como ellos dicen, por mínimo que sea su lascado, de aquellas otras sin mensaje, por muy talladas que parezcan.

Las piedras más antiguas en las que el hombre de hoy, estudiándose en el tiempo, ha creído ver las huellas del hombre de ayer, datan del final del Terciario y principios del Cuaternario. La misma intencionalidad que se adivina en su talla se ha querido llevar a su nombre: *eolitos*, que es tanto como decir piedras de la alborada de la Humanidad. Sino que el mensaje de la mayoría de los eolitos sigue siendo indescifrable (9).

Más avanzado el Cuaternario, las cosas empiezan a dibujarse con mayor claridad. En nuestro dilatado mundo se van perfilando los primeros linajes netamente humanos y, en conexión indudable con ellos, aunque en correspondencia cronológica desastrosa con sus restos fósiles, surge un conjunto de piedras —las *hachas*— de cuya talla intencional ya no puede dudarse.

En su versión más simple y primitiva (estadio cultural de Pinedo) las hachas no son más que cantos rodados en los que el hombre continúa la obra de la naturaleza. El mar o el río, al redondearlos, ya han hecho la mitad de su trabajo. El hará la otra mitad. Bastarán unos golpes acertados para adelgazar uno de los extremos (fig. 1). El otro quedará como empuñadura, con su grueso y redondez naturales. El paso decisivo está dado. Lo demás será afinar la talla tanto como se quiera o se pueda, tanto como lo permitan la habilidad de las manos y la materia prima que trabajan.

Aunque nacida en Europa bajo el auspicio de los hielos, el hacha se prodiga, particularmente, en los períodos interglaciales. Es, según se dice, el útil por excelencia de las fases de clima suave del Pleistoceno, y ello pudiera ser indicio de otro posible origen más meridional, concretamente africano. El hombre que la maneja no es todavía ese cazador troglodita, evocado a menudo como estampa-patrón del primitivo. Es un nómada (10) muchí-

(9) La famosa cuestión de los eolitos europeos va quedando superada... por abandono. Se reconoce que es anticientífico discutir sobre piezas aisladas. Objetos con talla muy completa pueden ser obra de agentes naturales, y otros apenas lascados, fruto de la intervención humana. Es el yacimiento y la reiteración en el tipo de talla lo que denuncia esta intervención.

(10) Para mí, la idea de una primera Humanidad nómada, formada por hordas cazadoras, vale sólo en el sentido de que sus hombres carecían de hogar fijo, conocido. Por lo demás, vivirían ligados a una misma comarca durante cientos y miles de generaciones, difundándose casi con la misma lentitud que las plantas y los animales. En este otro sentido, la Humanidad histórica, más emancipada de la naturaleza ha sido, pese a su condición hogareña, mucho más móvil y errante, puesto que sólo en unos miles de años ha colonizado el mundo, y hasta se encuentra preparada para invadir otros mundos.

simo más antiguo, que vive junto a las ríos o el mar, que caza y pesca, pero que utiliza también sus hachas en menesteres tan pacíficos como en extraer raíces del suelo. Tal la imagen del «Hombre de Toledo» que nos sugieren los útiles de piedra encontrados ahora en las graveras de una de las terrazas del Tajo.

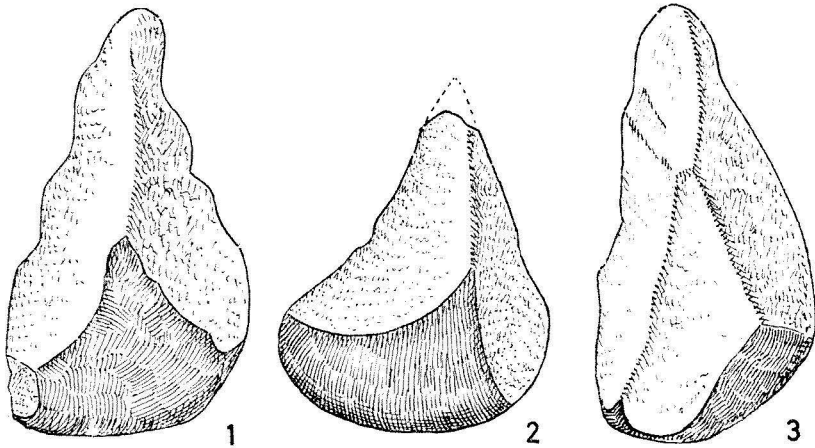


Fig. 1.—Algunas de las primeras piedras talladas recogidas en Pinedo. Son los útiles de los primeros habitantes del peñón, cuando el valle del Tajo estaba cubierto de un bosque subtropical con elefantes, y en el río vivía el hipopótamo. Sirvieron para cavar, cortar la carne, triturar los huesos... De momento han valido para rasgar las nieblas del pasado y ofrecer despejado un buen trecho de nuestra historia más antigua.

(Dibujo de D. Emiliano Castaños).

II.—LOS PRIMEROS HABITANTES DE TOLEDO EN EL TIEMPO

Para comprender la historia del hombre primitivo hay que empezar por tener sentido del tiempo. La Historia es una sucesión de acontecimientos en el tiempo. Sin una adecuada localización cronológica de los hechos no puede haber Historia, ni Prehistoria, ni aún siquiera Historia Natural.

Para eso, para que el tiempo empiece a contar en su justa medida en la interpretación de nuestro pasado, hemos ideado los gráficos de las figuras 2-4. Ellos nos trasladan a edades a cuya simple existencia no está habituada, todavía, nuestra mente en Toledo (11).

La primera industria de la piedra se desarrolla, en Europa, hacia la primera glaciación, hace más de medio millón de años, y tiene carácter eolítico (véase la figura 2, en la que está resumido, gráficamente, todo el contenido del presente capítulo). Posteriormente, en el primer interglacial, brota ya una verdadera cultura paleolítica: la del hacha de mano (período cultural Abbevillense). Dicha cultura se interrumpe durante la glaciación segunda, para reaparecer tras ella, con vitalidad renovada (período cultural Achelense), y continuarse, ya sin interrupción, hasta el fin del tercer interglacial.

La citada cultura del hacha representa, en sus fases fundamentales, el estado ante-neandertal de la Humanidad, y constituye el Paleolítico inferior. Su interrupción durante la glaciación

(11) Convencionalmente se asigna al Cuaternario —epílogo insignificante de la historia del Planeta— un millón de años de duración. Pero ni este dato es seguro ni su cronología detallada se conoce con la precisión necesaria. En lo fundamental, sigue basándose en la curva de Milankovitch. La escala del Uranio y de otros altos radioactivos, resulta demasiado «grande» para medir período de tiempos, en relación con ella, tan «pequeños». La del Carbono-14 es, por el contrario, demasiado «pequeña» para aplicarse a tiempos, en relación con ella, tan «grandes». La más adecuada es la del Potasio-Argón, pero tan sólo vale para los terrenos volcánicos. De todas formas, las dataciones con el C-14 han rebajado considerablemente los valores hallados por procedimientos astronómicos para el Postglacial y la cuarta glaciación, y pudiera ser que los demás valores obtenidos por el mismo procedimiento resultaran igualmente altos. Todos los que se consignan en este trabajo están tomados de ZEUNER, *Geocronología*, Barcelona, 1956, y, tal vez, se encuentren en ese caso.

segunda, caso de ser cierta, es un indicio de que el hombre emigró entonces hacia el Sur, mientras que en las glaciaciones siguientes, mejor dotado ya, más dominador de la naturaleza, permaneció en sus primitivos dominios, afrontando valerosamente, tan rudas circunstancias adversas, e incluso sacando provecho de ellas, al verse obligado a imaginar nuevas técnicas para sobrevivir.

La tercera glaciación, hace unos 200 000 años, trae la primera innovación importante en el arte de tallar la piedra. En lugar de intentar transformar directamente un canto o un trozo de roca en un hacha, se prepara concienzudamente, mediante un lascado previo, un nódulo de sílex, del que se obtienen luego gran variedad de lascas, que son otros tantos tipos de herramientas, digamos «prefiguradas», «prefabricadas». Es quizá el gran invento de los neandertales, esos pobres hombres a los que se ha negado a veces su genuina condición humana, simplemente por ser un poco más feos de lo que nuestra mente es capaz de tolerar en este asunto. Sus industrias se desarrollan, paralelamente a las del hacha de mano, durante el tercer interglacial, y acaban ya bien avanzada la cuarta glaciación. Esta etapa neandertal de la Humanidad es el Paleolítico medio (Períodos culturales Levalloisiense, Musteriense...) (12).

(12) La evolución cultural del Paleolítico inferior y medio en Europa no ha sido tan sencilla como venimos refiriendo. Hasta el presente se han emitido tres versiones principales.

Primera. Es la interpretación clásica de tres períodos culturales (Chelense, Achelense y Musteriense) que se suceden linealmente. Su cronología, basada en los estudios de Commont sobre las terrazas del Somme, en Amiens, pueden resumirse así:

Segundo interglacial.....	Prechelense
Tercera glaciación.....	¿Chelense inferior?
Tercer interglacial:	
Fase de estepa.....	Chelense superior.
Fase de bosque.....	Achelense inferior.
Fase de estepa.....	Achelense superior y Musteriense inferior.
Cuarta glaciación.....	Musteriense superior.

Segunda. Elaborada por Breuil, entre 1930 y 1942, como consecuencia de sus estudios sobre los yacimientos del Norte de Francia y Sur de Inglaterra. Las industrias del Paleolítico se inician en el Preglacial y se desarrollan en dos series paralelas: industrias de bifaces, predominantes en los períodos interglaciales (Abbevillense y Achelense), e industrias sobre lascas (Clactoniense, Levalloisiense, Tayaciense y Musteriense típico), más ligadas a las glaciaciones. Las dos ramas confluyen en el comienzo de la última glaciación, dando el Levalloisiense V y el Musteriense de tradición achelense.

La última novedad técnica en la talla de la piedra se produce durante la última glaciación, y es el anuncio de la presencia en el mundo del auténtico *Homo sapiens*, padre de ¿toda? la abigarrada Humanidad de nuestros días. Se trata de un simple perfeccionamiento de la técnica precedente, mediante la cual es posible obtener, de los núcleos de sílex, lascas muy largas y finas (*hojas*), que constituyen el utillaje más refinado y diverso que puede sacarse de las piedras. Tales industrias persisten hasta muy avanzado el Postglacial, y constituyen el Paleolítico superior.

El resto del progreso humano, obra también del *Homo sapiens*, se concentra en el Postglacial o interglacial actual, en el que después de unos cinco mil años de crisis mesolítica, microlizante, se suceden, amontonándose en los cinco mil años restantes, las culturas neolíticas y metalúrgicas y las civilizaciones históricas.

Nótese, pues, cómo mientras en más de medio millón de años el hombre no rebasó el estadio cultural de la piedra tallada, en los últimos cincuenta siglos ha logrado saltar desde la edad de la piedra pulimentada a la era atómica. Y cómo semejante proeza la ha realizado en un período de retracción de los hielos. Será verdad que las glaciaciones han estimulado el nacimiento de técnicas nuevas para vencer las dificultades naturales, pero también lo es que su pleno desarrollo ha tenido lugar en los interglaciales.

Frente a este cuadro impresionante de progreso en el conocimiento del desarrollo cultural europeo (que recogemos en la figura 2 con la misma simplificación con que le hemos expuesto), nos sentimos humillados al considerar las contadas referencias de que disponemos para llenar el tiempo de la Prehistoria en Toledo.

Tercera. Ideada por Bordes (1950) tras un estudio crítico de las anteriores. Ni el esquema simple, admitido hasta 1930, ni el doble esquema, igualmente lineal, de Breuil. Una evolución mucho más compleja y enmarañada (*evolution buissonnante*), dendroidea, que recuerda los intrincados esquemas filogénicos actuales, igualmente herederos de antiguas series lineales, tan ingenua como admirablemente establecidas. Como tronco del árbol genealógico de las industrias, el Chelense, que surge en el Mindel y se perfecciona en el Mindel-Riss, para dar los Achelense inferior y medio. En el Riss (Achelense superior) se produce una disyunción, una primera ramificación de carácter técnico: unas poblaciones continúan, en la talla, la tradición achelense; otras inventan el talón facetado y la técnica proto-levallouisiense. En el Riss-Würm y en el Würm, las dos ramas proliferan y dan, respectivamente, los grupos de industrias no levallouisienses y levallouisienses. En cuanto a las industrias sobre lascas, habrían surgido de las distintas industrias de bifaces por pérdida de éstos.

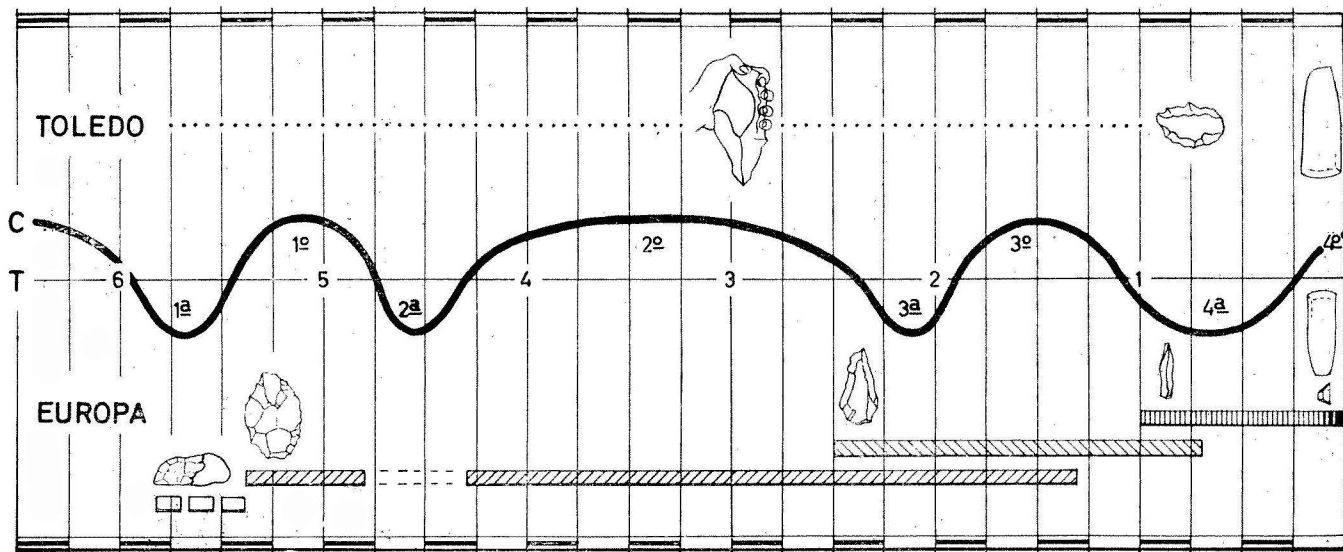


Fig. 2.—Cronología de las glaciaciones.

C, clima: 1.^a, 2.^a, 3.^a, 4.^a, las cuatro glaciaciones clásicas; 1.^o, 2.^o, 3.^o, 4.^o, los interglaciales que les siguen.

T, tiempo: 6 = 600.000 años; 5 = 500.000 años, etc.

Abajo, datación de las industrias del Occidente europeo.

Arriba, datación de las conocidas hasta ahora en Toledo.

Son éstas, citadas por el mismo orden en que se han ido conociendo: las de diversos objetos del Neolítico y del Bronce, que caen holgadamente en los últimos cinco mil años; los sílex musterienses y de culturas posteriores de Illescas, y los que nosotros mismos hemos encontrado en diversos puntos del curso del Tajo, que podemos situar (piezas más antiguas) en el comienzo de la última glaciación, y los paleolitos de Pinedo, que parecen retroceder hasta los 300.000 años (antigüedad máxima), como los hitos más seguros de nuestra historia primitiva.



III.—EL TAJO: HISTORIA DE UN RÍO

Si hemos adquirido ya alguna noción del tiempo, debemos esforzarnos por conocer ahora el reloj que ha marcado las horas de nuestro tiempo. Ese reloj es el Tajo.

Todo lo que existe de una manera natural: una piedra, el aire, la más remota estrella, la hierba más humilde o el más detestable microbio, tienen una fascinante historia que contarlos. Lo importante es acertar a desentrañarla. Y acertar a poner en claro la historia del río, a su paso por Toledo, es lo mismo que reconstruir el pasado humano más antiguo de este lugar. La historia del Tajo es, ciertamente, la prehistoria de Toledo.

Al comienzo del Cuaternario, hace, digamos, un millón de años, el Tajo iniciaba su existencia divagando por una extensa llanura situada a unos 200 metros por encima de su nivel actual. Desde entonces (fig. 3) ha estado ahondando su cauce hasta abrir el valle en que hoy vivimos y descender al nivel en que hoy se encuentra (13).

Esta excavación del valle no ha sido continua. Presenta, cuando menos, cuatro interrupciones importantes. Corresponden a otros tantos períodos durante los cuales las aguas eran incapaces, no sólo de profundizar en el sustrato, sino también de transportar los materiales aportados a su lecho. Tales materiales, acumulados sobre el cauce, eran las terrazas (equivalente actual, vegas de todos los ríos). Más tarde las aguas recuperaban su capacidad erosiva y proseguían su excavación, empezando por destruir y transportar los aluviones acumulados en sus períodos de holganza.

No de todos. Como mal barrendero al que se le quedan

(13) Es una noción muy simple, que no comprenden muchas personas, porque no tienen en cuenta el tiempo. Pongamos que, como promedio, el Tajo profundiza su cauce dos centímetros por siglo. Nadie lo notaría, ni bastarían todas las generaciones históricas para ponerlo en evidencia. Pero al cabo de un millón de años habría ahondado su valle 200 metros. Poco más o menos, lo que puede haber sucedido a través del Cuaternario. Restos de aquella primitiva llanura son la Mesa de Ocaña, la Meseta de la Sisla, los cerros testigos de Villaluenga y Magán, etc.

desperdicios por todas partes, el Tajo fue dejando restos de sus terrazas por todos los recovecos del paisaje. Gracias a ello disponemos hoy de registros de sus cuatro períodos inactivos. Esos restos se encuentran escalonados en las laderas del valle, y son los que explotan las graveras. Como es fácil comprender, los más antiguos son los que están a mayor altura sobre el nivel actual del río.

Puesto que las terrazas son testimonios discontinuos, los

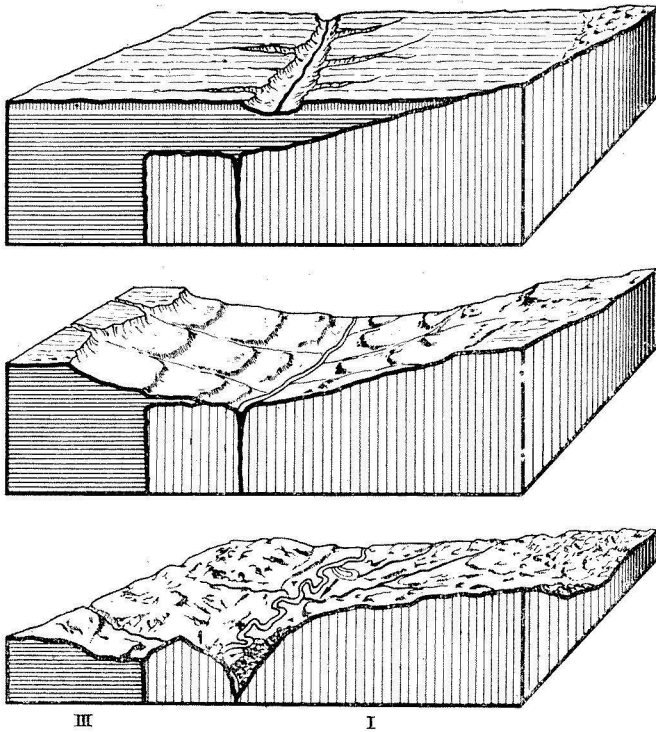


Fig. 3.—Tres fases de la evolución del Tajo en las inmediaciones de Toledo (sector de Pinedo). Arriba, al finalizar el Terciario. En el centro, hacia la mitad del Cuaternario. Abajo, en la actualidad.

I, terrenos metamórficos de su margen izquierda y peñón toledano (gneis); III, terrenos terciarios de su margen derecha (*alcaén*); 1 y 2, niveles de las terrazas más altas marcadas sobre el peñón (1, *escalón de Santo Tomé*; 2, *escalón del Seminario*). Junto al meandro anterior al de entrada en el *torno* se marca, con una cruz, el emplazamiento de Pinedo.

Inspirado en un dibujo de Gómez de Larena, modificado, principalmente, para sugerir una versión tectónica del torno.

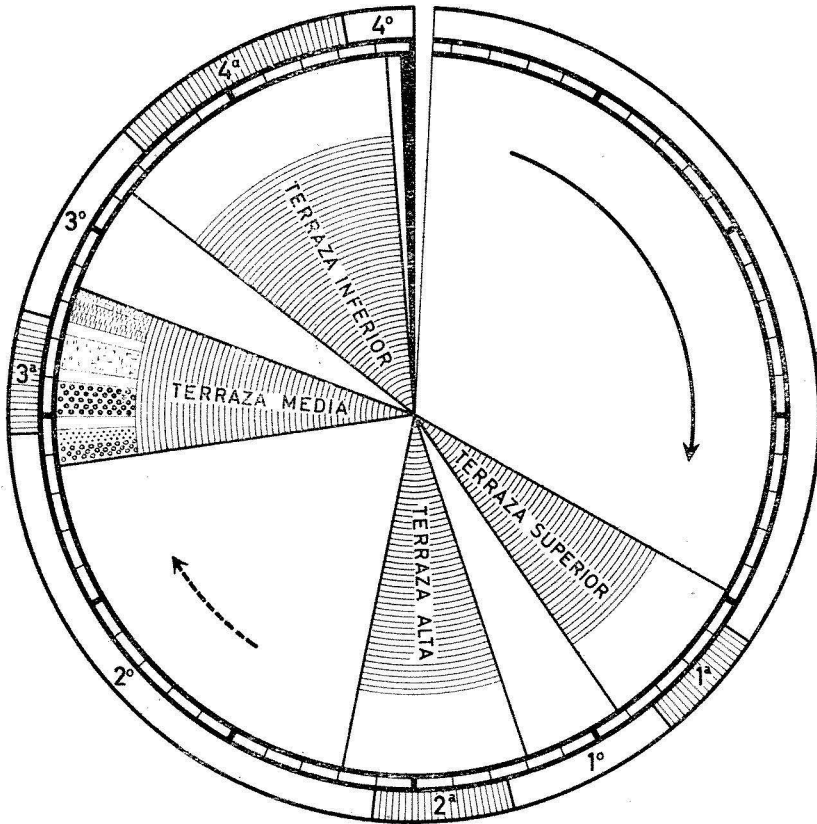


Fig. 4.—Reloj de la prehistoria de Toledo.

Tiempo: La historia del Tajo (900.000 años) se ha reducido a una hora. Cada minuto vale, entonces, 15.000 años. Cada segundo, 250 años.

Hacia el exterior: 1.^a, 2.^a, 3.^a, 4.^a, las cuatro glaciaciones; 1.^o, 2.^o, 3.^o, 4.^o, los interglaciales.

Hacia el interior: Sector en negro, los 20 segundos de duración que han tenido, por este reloj, en Toledo, las culturas neolíticas y protohistóricas y las civilizaciones históricas.

Sectores en blanco, periodos no registrados por las terrazas.

Sectores rayados, periodos registrados por las terrazas. En el de la terraza media se especifica la estratigrafía de Pinedo. En las demás, se dejan en blanco los correspondientes segmentos de corona, hasta disponer de datos estratigráficos con que llenarlos.

La flecha mayor, de trazo continuo, apunta hacia la iniciación de la Prehistoria en Europa, según la opinión de ciertos investigadores. La menor, de trazo interrumpido, quiere indicar el comienzo de la Prehistoria en Toledo, en algún momento, imposible de precisar, del Gran Interglacial.

períodos en que se depositaron son las únicas épocas de nuestra prehistoria que pueden haber quedado «escritas» en ellas. Los períodos intermedios, de gran actividad erosiva del Tajo, serán siempre vacíos en nuestro pasado. Por otra parte, la deposición de una terraza tampoco es un fenómeno continuo, y dentro de las épocas que podremos conocer hay otros períodos menores, también irremediamente en blanco (fig. 4).

Hoy no es posible deducir todavía, exactamente, las épocas del Cuaternario registradas y no registradas por el río, ni descubrir, dentro de las primeras, los períodos en que estuvo poblado o despoblado este lugar. El gráfico de la fig. 4 es nuestro primer tanteo en este sentido. Su grado de certeza depende del que posean estas consideraciones previas, en las cuales se basa:

a) Que las terrazas del Tajo en Toledo sean, realmente, de ritmo periglacial.

b) Que la amplitud de registro que hemos asignado al yacimiento de Pinedo sea correcta y las demás terrazas, sin vestigios prehistóricos, abarquen períodos climáticos parecidos.

c) Que la cronología de las glaciaciones esté ya suficientemente bien establecida.

Cualquier modificación en ellas es una rectificación que debemos hacer en nuestro esquema. Es nuestro reloj, pero hay que estar pendientes del progreso para tenerle siempre a punto, en hora, y poder datar con él, al menos en primera instancia, cuanto pueda encontrarse en las graveras.

IV.—LOS PRIMEROS HABITANTES DE NUESTRO PEÑÓN EN EL ESPACIO

No basta tener sentido del tiempo. Para hacerse cargo de la verdadera situación de nuestros primeros habitantes, es preciso comprender, además, que, con el tiempo, han variado los espacios habitados; que cada población acantonada en el peñón o en sus inmediaciones conoció una geografía diferente, y encontró, a su alrededor, recursos distintos para subsistir.

Una primera idea, gráfica y topográfica de estos cambios, se puede obtener sin más que considerar el trabajo erosivo realizado por el Tajo a lo largo de su existencia (fig. 3). Así, por ejemplo, en la época de los hombres de Pinedo, el río tenía su cauce unos 35 metros más alto que en nuestros días y entraba en la hoz (*torro*) con que ciñe al peñón a la altura de la actual Puerta de Bisagra, saliendo de ella al nivel del barrio de San Martín.

Pero la principal diferencia entre las dos geografías, la paleolítica y la actual, residía en el decorado, en el aspecto tan distinto que la vegetación y la fauna conferían al paisaje, y esto es lo que urge «leer» en nuestras graveras antes de que se agoten y perdamos para siempre su valor documental (14).

Los paleolitos más comunes de Pinedo, como sus fósiles más notables, aparecen, invariablemente, en los aluviones inferiores de las graveras. Unos y otros corresponden a lo que podemos llamar fase de bosque del Gran interglacial. Nuestra comarca se encuentra cubierta, entonces, por un bosque templado en el que viven los elefantes y otros animales, mientras que el río, algo más caudaloso que en la actualidad, da albergue a los hipopótamos. El hombre se ha instalado al borde mismo del bosque y del agua. O tal vez vive en el peñón, en acecho permanente de la caza y de los enemigos, y Pinedo no es más que el taller al que acude para fabricar sus herramientas, y al que traslada, para

(14) De acuerdo con la nota 7, no podemos conocer más que lo más saliente de la fauna cinegética, y, en relación con ella, es posible deducir el tipo de vegetación, aunque desconozcamos la flora. Así, por ejemplo, los elefantes e hipopótamos son incompatibles con nuestra vegetación actual.

descuartizarlas, las presas caídas en los fosos y trampas preparados junto al río. La abundancia de huesos en los citados aluviones, son el testimonio de sus festines durante esta época de opulencia.

Un animal parece ser su víctima predilecta: el elefante. A pesar de su corpulencia, a pesar de su ferocidad, se ha convertido en una de las presas más fáciles, por su costumbre de caminar por determinados senderos, abiertos en el bosque por él mismo. Nuestro hombre lo ha descubierto y se ha especializado en su captura. Bastará abrir unos fosos y disimularlos con ramaje, para que las crías inexpertas, que caminan delante de las hembras, o los adultos distraídos, se desplomen en ellos. En el caso más general, el animal caerá de cabeza y morirá por asfixia. En cualquier otra circunstancia, todo se reducirá a rematar al coloso indefenso.

Acertamos, quizá, a reproducir todo el horror de una de aquellas primitivas escenas de caza, imaginando al joven elefante de Buenavista, o al enorme macho viejo de Pinedo, mal caídos en uno de estos fosos abiertos en sus senderos habituales junto al agua. El animal lucha en vano por liberarse, mientras la horda que le acorralla le aturde con sus gritos de triunfo y le martiriza de mil modos para acabar con su vida: lapidándole; tratando de herirle con palos punzantes, para que muera desangrado; acechando, minuto a minuto, su agonía. Y si ésta no llega porque el animal resulta invulnerable a todas las armas, abandonándole a su suerte, para que muera de sed, o a dentelladas de las fieras. O recurriendo al procedimiento, más expeditivo, de asfixiarle con humo, prendiendo, sobre él, una descomunal hoguera.

Los elefantes duran mientras dura el bosque. Este desaparece luego, como anuncio de la glaciación tercera, y es reemplazado por la pradera. En la fauna pasan a dominar otros animales, particularmente los caballos. El hombre los caza todavía durante mucho tiempo. Después, parece esfumarse con ellos. Los registros aluviales de Pinedo no nos permiten conocer ya su destino. Pero nuestra historia no corre, por eso, el riesgo de quedar interrumpida. Es seguro que el hombre sigue ligado al río y volverá. Cómo y cuándo, es cosa que tienen que decirnos las piedras algo mejor talladas de otros yacimientos.

V.—LA INDUSTRIA DE PINEDO

De todas las graveras toledanas, únicamente las de Pinedo nos han proporcionado abundante material lítico. Precisamente son las mismas que nos vienen surtiendo de mayor cantidad y variedad de restos animales. Dicho material es tan poco rodado y presenta tal reiteración en el tipo de talla, que no puede dudarse de que pertenece a una población prehistórica autóctona.

En Pinedo tenemos, cuando menos, una espléndida representación, en cuarcita, de las industrias cheleo-achelenses o del hacha de mano. Casi todos los objetos recogidos presentan los caracteres inequívocos de los más antiguos paleolíticos nodulares. Por lo mismo, deberían catalogarse como abbevillense. Sin embargo, la existencia de formas evolucionadas y otras consideraciones, nos deciden a referirlos al Achelense.

Simplificando al límite, podemos distribuir todas las hachas de Pinedo en dos grupos: formas ordinarias y formas triédricas. Pero semejante distinción no basta para tipificar todo el material recogido ni es tan radical como implican esos nombres, pues existe una clara transición entre los útiles de los dos grupos.

Las formas triédricas (figs. 1 y 5-7) son las más llamativas, y ostentan tal uniformidad, primitivismo y singularidad en su talla, que nos decidimos a considerarlas, a la vez, como la manifestación más antigua de las culturas de la piedra en Toledo, y como la expresión más genuinamente toledana de esas culturas. Vale decir, como las primeras piedras singulares de nuestra más vieja artesanía lítica.

Se trata de cantos rodados de todos los tamaños (a veces tan grandes como para sugerir manos monstruosas; otras tan pequeños como para crearles pura juguetería infantil), tallados por uno de sus extremos en pirámide trigonal, a veces muy perfecta. El otro extremo carece de talla, o lleva la necesaria para procurar a la mano una mejor superficie de aplicación. Nos parece conveniente distinguir bien estas dos partes de la talla, y, con este objeto, llamaremos *talla principal* al lascado triédrico, destinado

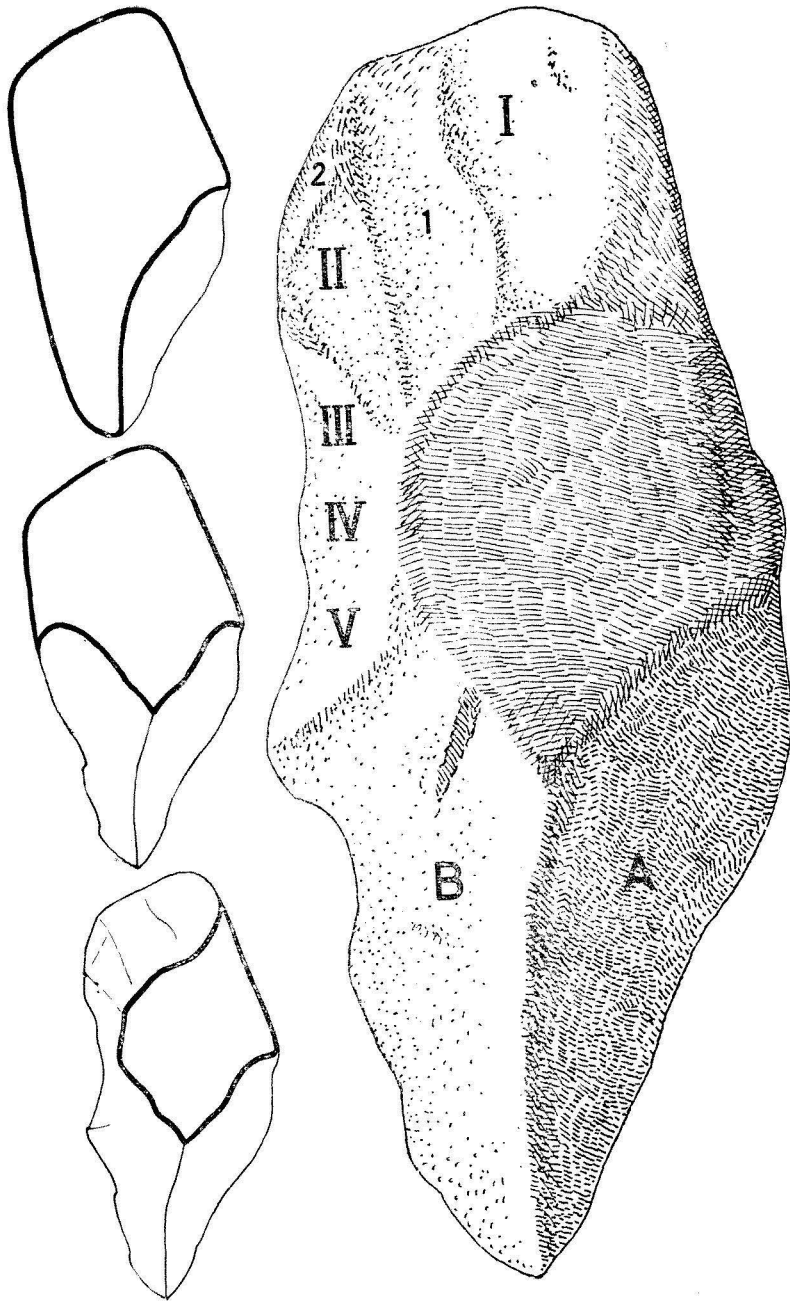


Fig. 5

Fig. 5.—Pico triédrico derecho, en cuarcita blanca de corteza enrojecida, visto por el anverso, en su posición normal de trabajo. A la derecha, dibujado por D. Emiliano Castaños y reproducido a tamaño natural. A la izquierda, esquematizado por el autor para mostrar las tres etapas que se han seguido en su fabricación. Para la descripción y estudio de esta clase de herramientas, ideamos la nomenclatura que se especifica a continuación.

Talla principal, triédrica.—A, B, facetas del anverso, las únicas que, en este caso, se han obtenido mediante lascado. Como tercera faceta (C) del triedro, se ha aprovechado la superficie natural del reverso del canto. Al diedro AB, formado por las dos facetas del anverso, le llamamos *diedro fundamental*. En este ejemplar mide 90° , valor máximo en los picos. Cuando le rebasa, la pieza tiene bordes cortantes y pertenece al grupo para el que conservamos el nombre, poco adecuado, pero clásico, de *hachas*.

Talla de empuñadura.—El lascado restante que se ve en el pico, es su *talla de empuñadura*, destinada a facilitar la presión con la mano derecha. I, punto de aplicación de la yema del pulgar; II, del índice; III, del dedo medio; IV, del anular; V, del meñique. 1 y 2, retoques para favorecer, respectivamente, la aplicación de los dedos I y II. En los hachas, este lascado adicional pierde, en parte, su función de talla de empuñadura, y añade un nuevo borde útil a la pieza (fig. 7).

al trabajo del instrumento, y *talla de empuñadura* a la adicional o complementaria, destinada a facilitar su presión (fig. 5).

La talla principal se logra, en los casos más perfectos, por simple separación de tres grandes lascas (fig. 1, 2), o bien, si la piedra lo permite, sólo de dos, dejando como tercera faceta del triedro la cara más plana del canto de partida (fig. 5). En los demás casos, se obtiene por separación de mayor número de lascas, y el útil presenta entonces un aspecto más tosco (fig. 1, 3).

La forma y el tamaño de las piedras, más que su naturaleza, casi invariablemente cuarcitosa, parecen decisivos en relación con la talla que han de recibir y el empleo que han de tener. Sobre cantos normales, la talla triédrica conduce, generalmente, a un tipo de instrumento sin bordes cortantes, que se utiliza por su punta: *picos* (figs. 1, 2, 5 y 6). Dicha punta puede ser aguda, perforante, en cuyo caso el útil sirve como puñal, o roma, para uso contundente. Sobre cantos más aplanados, el *diedro fundamental*, AB, resulta de valor superior a 90° , y el objeto obtenido presenta bordes cortantes: *hachas*, aunque, por su empleo, deberían denominarse *cuchillos* (figs. 1, 1 y 7).

La talla de empuñadura es mucho más variable y circunstancial que la talla principal. A menudo falta, por innecesaria. Cuando existe, es específica para una de las manos, y el objeto se ciñe muy mal con la otra. De aquí se sigue, y se comprueba en la práctica, que unas herramientas son *derechas*, otras *izquierdas* y otras *ambidextras*. Como los picos y las hachas tienen la misma morfología, pero distinta posición de trabajo, hay, además, entre ellos, la siguiente correspondencia: a los *picos derechos* (fig. 6, 2) corresponden *hachas izquierdas* (fig. 7)

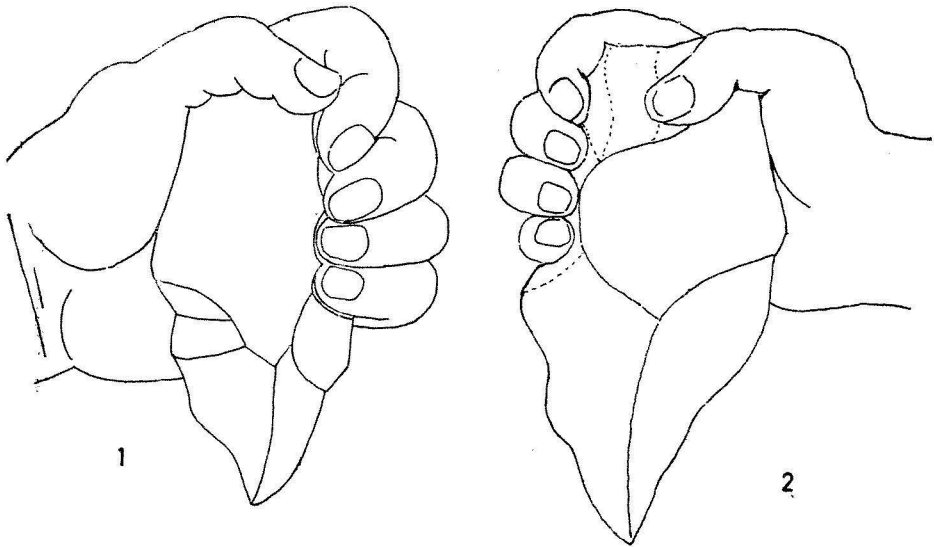


Fig. 6.—Dos picos recíprocos o enantiomorfos (la misma condición que presentan las manos que han de utilizarlos), empuñados en su posición normal de trabajo: 1, izquierdo; 2, derecho. (Dibujo de D. Emiliano Castaños).

y a los *picos izquierdos* (fig. 6, 1), *hachas derechas* (fig. 1, 1). Teóricamente, a los *picos ambidextros* deben corresponder, igualmente, *hachas ambidextras*.

En las herramientas estudiadas hasta ahora, en las que la condición derecha o izquierda se puede determinar sin dudas, el número de formas izquierdas es tan elevado como el de formas derechas. Vemos en ello como un primer indicio de que el autor de la industria de Pinedo era, quizá, todavía, igualmente hábil

o igualmente inhábil con las dos manos, es decir, ambidextro. El dextrismo está relacionado con la especialización creciente del hemisferio cerebral izquierdo, y pudo surgir con los neandertales, o bien, en el Auriñaciense (*Homo sapiens*), en cuyo caso su aparición vendría a marcar el nacimiento del arte.

La industria de Pinedo está claramente emparentada con la de otros muchos yacimientos de la cuenca del Tajo. Particular-

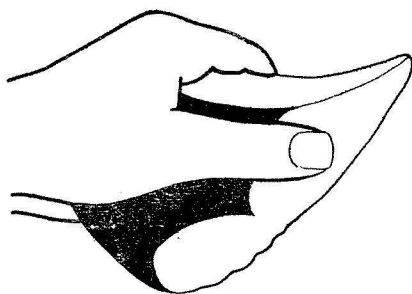


Fig. 7.—Hacha izquierda, en cuarcita gris de corteza enrojecida, vista por el anverso y empuñada en su posición normal de trabajo. Morfológicamente, equivale a un pico derecho, pero $AB > 90^\circ = 100^\circ$

Por su empleo múltiple, es la herramienta que cada hombre llevaría consigo, «lo mismo que nuestros campesinos la navaja». Su punta, muy aguda, vale como puñal. Una vez hincada en la presa, se puede cortar con ella hacia arriba, lo mismo que con un cuchillo de monte, o hacia abajo, al modo de los cuchillos corrientes. La parte posterior del borde inferior, de apariencia más tosca y quebrada, que corresponde a la talla de empuñadura de los picos, sirve, por último, para raer.

(Dibujo del autor).

mente evidentes me parecen sus relaciones con las industrias portuguesas, tanto fluviales como litorales, a los que contribuye, sin duda, la orientación que han dado a su estudio Breuil y Zbyszewski. También en Toledo podría seguirse, por ejemplo, esa evolución desde el Achelense al Asturiense, que ellos han descrito en las costas del Miño. Pero el hecho de que en Pinedo las piezas achelenses, languedocienses y asturienses sean contemporáneas, indica que tal interpretación no es, probablemente, muy real.

De todas formas, la semejanza de estas industrias habla, a mi ver, de trasiegos humanos, o de sus técnicas, a lo largo de la costa y del Tajo, que estudiaremos en otro trabajo. Pensamos que tal vez sea posible llegar a distinguir un complejo cultural *tagano*, que se esboza en la costa, en los albores del Paleolítico europeo, y se desenvuelve a medida que los habitantes del litoral remontan el río, cambiando de costumbres.



VI.—TOLEDO Y SUS DOS CONTORNOS

Después de lo que antecede, tenemos la impresión de que las piedras talladas de Pinedo han venido a colocarnos, de golpe, en el principio de nuestra prehistoria. Con ello Toledo queda, ahora, definido en el tiempo por dos círculos de amplitud y contenido bien distintos: uno histórico, riquísimo en contenido, ceñido a los últimos dos mil años; otro antehistórico, extendido, quizá, hasta tres mil siglos atrás, del que apenas conocemos su comienzo, por estos paleolitos de Pinedo, y su fin, por los neolitos y objetos protohistóricos, encontrados antes en el peñón o en sus inmediaciones. Toscas hachas talladas en cuarcita y hachas de fibrolita esmeradamente pulidas, que forman como el marco de esa sucesión de acontecimientos apasionantes que ha debido ser nuestra prehistoria (15).

(15) Prehistoria e Historia constituyen una sola entidad de conocimiento; pero, por razón de sus métodos, permanecerán siempre separadas como campo de investigación. El historiador maneja documentos escritos que le permiten conocer, salvo en los siglos más antiguos, un gran número de acontecimientos con muchísimo detalle. El prehistoriador se sirve de documentos mudos, y tan escasos, que apenas puede reconstruir con ellos un cierto número de hechos, perdidos en la escala de tiempos fabulosos. Por inimaginablemente grande que sea el progreso en este campo, jamás la época mejor conocida de la Prehistoria podrá equipararse, en densidad de datos, a la peor conocida de la Historia. De ese medio, uno, o hasta dos millones de años de Historia primitiva (datación reciente del *Zinjanthropus*, por los procedimientos más seguros, ¡1.700.000 años!), no podremos tener nunca más que un conocimiento esquemático, fragmentario, disperso.

Sucede además — y es otra desventaja bien sensible de nuestras investigaciones —, que la documentación prehistórica más valiosa (los yacimientos estratificados, en nuestro caso las graveras) no pueden consultarse más que una sola vez, porque para «leerlos» es necesario destruirlos. Se recogen, es verdad, algunos materiales. Pero es lo mismo que si de un voluminoso libro recortásemos algunos «monos» y tratáramos luego de reconstruir por ellos el contenido de la obra.

Sería lamentable que alguien sacara de todo esto la conclusión de que, siendo tan poco lo que podemos conocer de nuestro pasado antehistórico, daría casi igual ignorarle del todo. Como si por ser tan escasas las ruinas romanas en Toledo pensáramos que, para lo que queda, daría ya lo mismo que desapareciera; cuando, justamente por eso, lo que procede es conservar hasta la última piedra. No hará falta decir lo que, a tono con esto, deberíamos estar haciendo ya por la conservación de nuestros yacimientos prehistóricos, que constituyen un legado cultural muchísimo más antiguo todavía.



A P É N D I C E

ALGUNOS DATOS SOBRE HALLAZGOS INCONTROLADOS DE LAS GRAVERAS

En el aprovechamiento de gravas en Toledo podemos distinguir dos épocas. En la primera, hasta 1936, se explotan contadas graveras, y queda el recuerdo de que, algunas veces, han aparecido en ellas restos de «animales antidiluvianos». El único testimonio que se ha conservado es un molar de elefante, recogido entre 1911 y 1918, que se guarda en el Instituto. De esta época datan, también, las únicas noticias que se tenían sobre piedras talladas encontradas en Toledo: Pérez de Barradas, 1920, en Buenavista; Del Pan, 1928, en Valdecubas.

La época segunda se inicia en nuestra guerra (1936-1939), con un aprovechamiento masivo de las gravas de Toledo para fortificar el frente de Madrid, y ha continuado hasta la fecha, ante la creciente demanda de materiales para la construcción. Las graveras se explotan de manera continua, se abren nuevos cortes, y se prodigan los hallazgos. De ella no han quedado, sin embargo, referencias eruditas. Disponemos, tan sólo, de algunas versiones de los obreros, y de ciertos materiales recogidos entre 1957 y 1959.

Versiones de los obreros.—Aunque parezcan más o menos fantásticas, proporcionan estos datos seguros, puesto que concuerdan, plenamente, con lo que sucede ahora.

a. El mayor número de hallazgos que se recuerda corresponde a las graveras de Pinedo.

b. Los restos de animales que más les han logrado impresionar, pertenecen, con toda evidencia, a elefantes. Ejemplos:

«El espinazo de un animal mayor que el de todas las caballerías» (graveras de Valdecubas).

«El esqueleto de una ballena» (graveras de Pinedo).

«Cuernos de animales muy grandes» (en todas las graveras; aluden a las defensas).

«Manos de hombre con los dedos hechos piedra y pegados» (en todas las graveras; alusión, muy gráfica, a las láminas de los molares).

d. Las defensas eran, siempre, poco curvas (*Elephas antiquus*).

e. Los huesos se encontraron, en todos los casos, en las gravas inferiores, nunca en las superiores.

Materiales recogidos entre 1957 y 1959.—Los principales lotes que he podido localizar son los siguientes:

a. Instituto. Defensa encontrada en 1957 en Pinedo, junto al sustrato, según dato que me proporciona D. Mariano Martínez, que la regaló a dicho centro. Y algunas láminas de molares, de igual procedencia, aportadas por varios alumnos.

b. Jefatura de Obras Públicas. Molar incompleto de elefante, de la misma procedencia y fecha que las piezas anteriores.

c. En poder del Sr. Holguín. Molar de elefante encontrado en el Campo de Tiro de la Escuela Central de Educación Física y Deportes.

d. Observatorio Central Geofísico. Dos M_3 y varios huesos largos de *Elephas antiquus*, hallados en las graveras del propio Observatorio. Según dato que me proporcionan los obreros, hacia las arenas intermedias, reposando sobre las gravas inferiores.

e. Casa de la finca de Pinedo. Piezas de diversos animales hallados en las graveras de dicha finca.

f. En poder de D. Juan Delgado. Otro lote semejante recogido por él (y en parte, también, por D. Francisco José Giles), tanto en las graveras de Buenavista como en las de Pinedo.

g. Material destruido que se recuerda: de seis a ocho defensas de elefante, todas bastante rectas.

Los lotes *d*, *e*, *f*, se trasladaron, para su estudio, al Laboratorio de Paleontología del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, en Noviembre de 1959, juntamente con los restos de la calavera del elefante de Buenavista. Según determinación provisoria del P. Emiliano Aguirre, S. J., comprenden piezas de *Elephas*, *Equus*, *Bos*, *Cervus* e *Hippopotamus*. En cuanto al elefante de Buenavista, estima que puede ser *Elephas trogontherii* y su antigüedad superior a la que yo le he asignado (¿Mindel? ¿Pre-Mindel?).

Los lotes *a*, *b*, así como todo el material encontrado en las graveras a partir del hallazgo de Buenavista que he podido controlar, se encuentran en mi poder.

R E S U M E N

A fines del pasado año se produjeron en las graveras de Toledo importantes hallazgos, que nos han llevado a localizar una serie de yacimientos estratificados del Paleolítico inferior, con fauna, o con fauna e industria asociadas. Los más importantes son estos:

Graveras de Valdecubas, en la carretera de Mocejón, junto al poblado de Azucaica, a cinco o seis kilómetros de Toledo.

Graveras de Pinedo, en la carretera de Mocejón, a dos kilómetros de Toledo.

Campo de Tiro de la Escuela Central de Educación Física y Deportes, en la carretera de Avila, a un kilómetro de Toledo.

Graveras de Buenavista y del Observatorio Central Geofísico, en la carretera de Avila, a tres-cuatro kilómetros de Toledo.

Todos ellos se encuentran en la margen derecha del Tajo y, en mi opinión, forman parte de una misma terraza, de unos 35 metros, desconocida hasta ahora en este sector del río. Con ella, los niveles de terrazamiento del Tajo, conocidos hasta la fecha en Toledo, son los de 86, 52, 35 y 17 metros.

El más importante de todos, el único que en la actualidad posee fauna e industria en abundancia, es el yacimiento de Pinedo. Según mi modo de ver está formado en la base, donde aparece la masa principal de la fauna y de la industria, por aluviones del fin del Mindel-Riss, correspondientes a una fase de bosque, y en la coronación, por depósitos, sin fauna conocida y con escasa industria, de la glaciación Riss (lám. VII, 3).

La fauna está formada por *Elephas* (principalmente *E. antiquus*), *Hippopotamus*, *Cervus*, *Bos*, *Equus* y, quizá también, *Rhinoceros*. Hasta donde yo sé, este es el punto más alto de la cuenca del Tajo en que se cita *Hippopotamus*, y sus piezas no se han encontrado, por ahora, mas que en los aluviones más bajos, como si fuera el primero en acusar las variaciones de caudal del río a consecuencia de los cambios de clima, o, simplemente, la presencia del hombre en este lugar. El elemento que persiste hasta niveles más altos es *Equus*, como si marcara una fase de pradera, de tránsito hacia la glaciación Riss.

La industria es un conjunto achelense, en cuarcita, formado por objetos nodulares de tipo abbevillense y por lascas de técnica clactoniense. Entre los primeros las formas triédricas, de tipo chalosiense, y sobre ellas hemos esbozado un estudio tipológico nuevo que nos proponemos desarrollar en trabajos posteriores. Distin-

guimos dos grupos fundamentales de utensilios triédricos: *picos* y *hachas*, y estimamos que unos y otros pueden ser *derechos*, *izquierdos* o *ambidextros*. La proporción existente entre los ejemplares estudiados parece indicar que su autor era, todavía, ambidextro.

La industria de Pinedo revela, por primera vez, la existencia de una población paleolítica establecida en este punto del Tajo, a la que consideramos, mientras no se descubran yacimientos más antiguos, como la primera población prehistórica de Toledo. Particularmente claras nos parecen sus relaciones con las industrias portuguesas, tanto fluviales como del litoral. Ello nos habla de trasiegos humanos a lo largo del río durante el Gran interglacial, que estudiaremos, asimismo, en otros trabajos posteriores.

En síntesis. Toledo, tan lleno de historia, carecía de prehistoria. Ahora, tras el descubrimiento de Pinedo, empezamos a conocer bien nuestro pasado más antiguo, pero seguimos ignorando la mayoría de los acontecimientos que tuvieron lugar entre aquella época y la iniciación de los tiempos históricos.

LÁMINAS

Fotografías del autor

LAMINA I

BUENAVISTA

1. Corte de la gravera de Buenavista en Noviembre de 1959, en los días en que apareció en ella la calavera de un elefante.
2. Las dos defensas del elefante de Buenavista. A la derecha, sin escayolar, la defensa izquierda, la primera que se extrajo. A la izquierda, escayolada, la defensa derecha.

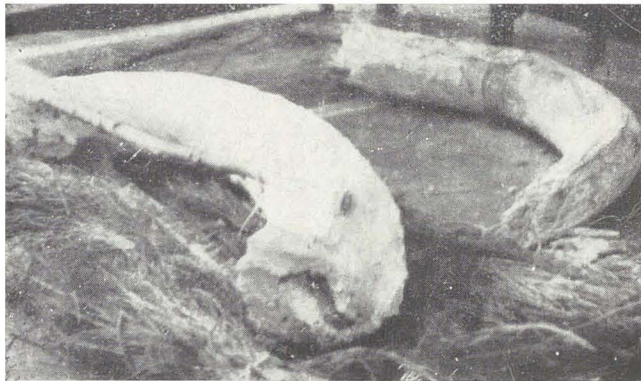
PINEDO

3. El mejor «trofeo» de las graveras exhibido, orgullosamente, por quienes le encontraron. Es una defensa de *Elefante antiguo* de más de 3,5 metros de larga (le falta un trozo en la base y otro menor en la punta), hallada en una de las graveras de Pinedo el 15 de Diciembre de 1959.

1



2



I



3

LAMINA II

PINEDO

Otra defensa de *Elefante antiguo*.

1. De la gravera salió entera, pero alguien descargó en ella sus iras antes de que pudiésemos recogerla. Es el destino que se daba a cuanto aparecía entre las gravas, con anterioridad a Noviembre de 1959.
2. Como todavía podía reconstruirse, cuando volvimos para hacernos cargo de ella se encontraba reducida a esto.

CAMPO DE TIRO

3. No todo son elefantes. En las graveras hay también restos de otros animales, aunque su hallazgo sea, de ordinario, mucho menos espectacular. Una excepción es esta cuerna (la derecha), tan espléndida como interesante, de un gran ciervo (*¿Eucladoceros?*), en la que los cazadores no podrán reconocer a la especie actual de nuestros montes.

II

1



2



3

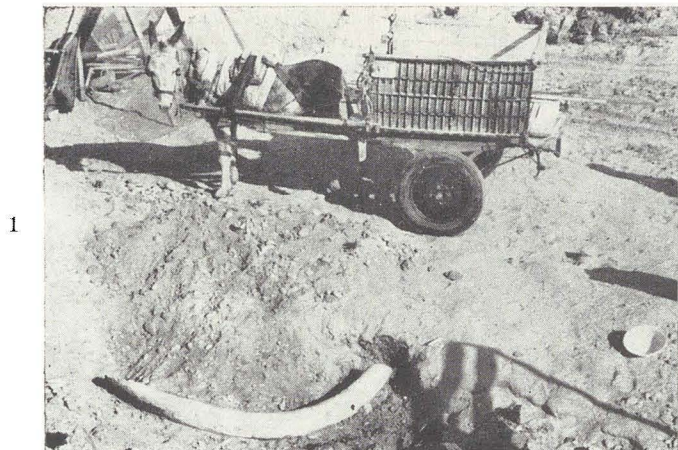
LAMINA III

CAMPO DE TIRO

Más elefantes, esta vez en las gravas infrabasales del Campo de Tiro, junto al sustrato.

1. El borriquillo mira asombrado la extraña carga que, en esta ocasión, le ha tocado transportar.
2. Antes de escayolarla se rocía la defensa con agua de jabón para que el yeso se desprenda luego fácilmente.
3. Ultimos toques al escayolado.
4. Colocación de unos tensores de caña como refuerzo de la escayola. Después de esta operación la pieza está lista para su transporte.

III



2



3

LAMINA IV

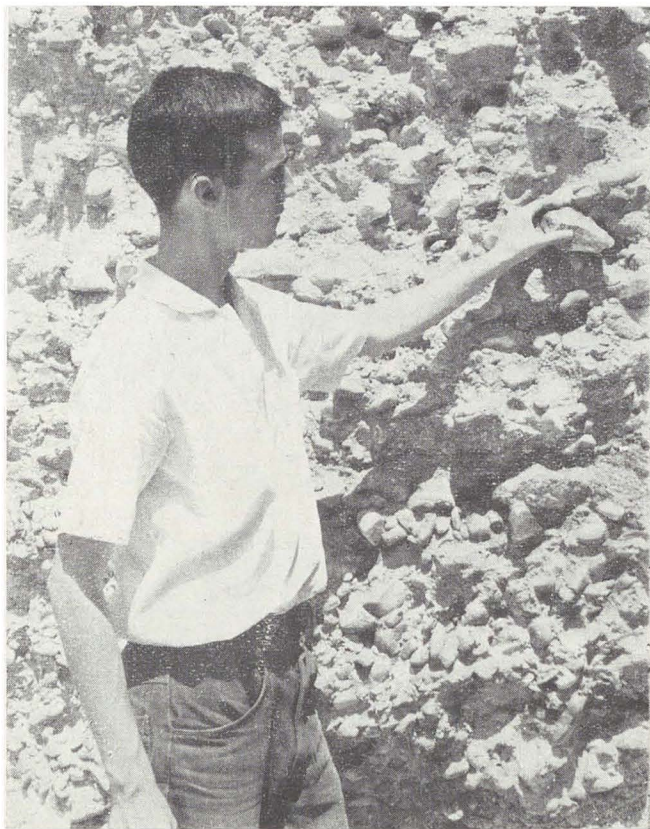
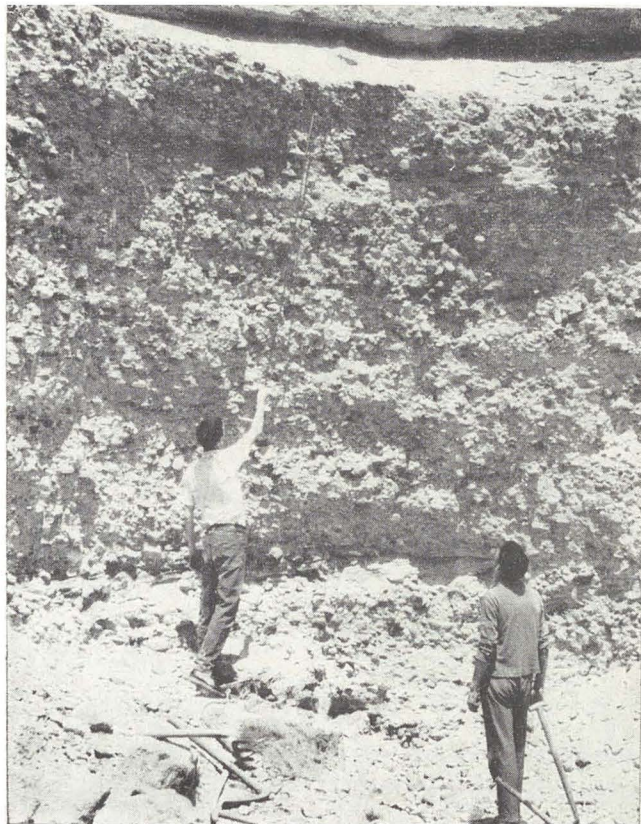
PINEDO

Recogida de materiales en sus niveles arqueológicos.

1. Localización de piedras talladas en las gravas superiores.
2. Localización de una herramienta triédrica hacia los niveles intermedios de las gravas basales.

IV

1



2

LAMINA V

P I N E D O

Recogida de materiales fuera de sus niveles estratigráficos, aprovechando los trabajos de explotación de las graveras.

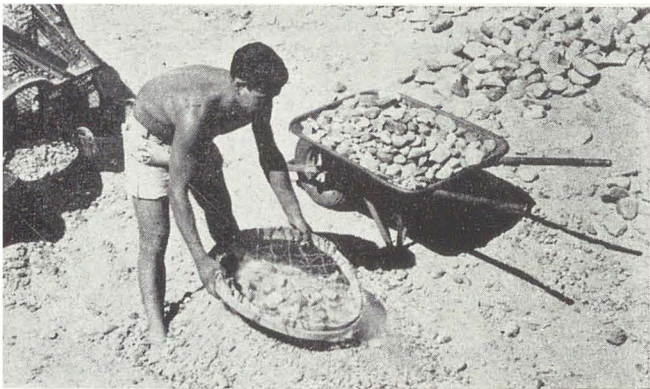
1. En las gravas derribadas se separan primero las «gorronas». Muchas de ellas están talladas, aunque por su peso hay que renunciar, generalmente, a recogerlas.
2. Los materiales restantes se pasan por un harnero, que retiene las gravas. Entre ellas se encuentra el mayor número de herramientas. Hay que recogerlas rápidamente, cuando el obrero vierte el harnero en la carretilla, para no entorpecer su trabajo.
3. Los materiales más finos que han atravesado el harnero se pasan, finalmente, por una criba clasificadora. Ahora es muy difícil recoger alguna pieza sin entorpecer. Por fortuna hay poco de interés en estos materiales tan menudos.
4. Los materiales de cada grupo se trasladan a sus montones respectivos, en los que se completa la recogida. Todavía puede rebuscarse en ellos en el momento de cargar los camiones. Después no quedan más que los lugares de descarga: carreteras, calles, etc.

V

1



2



3

4

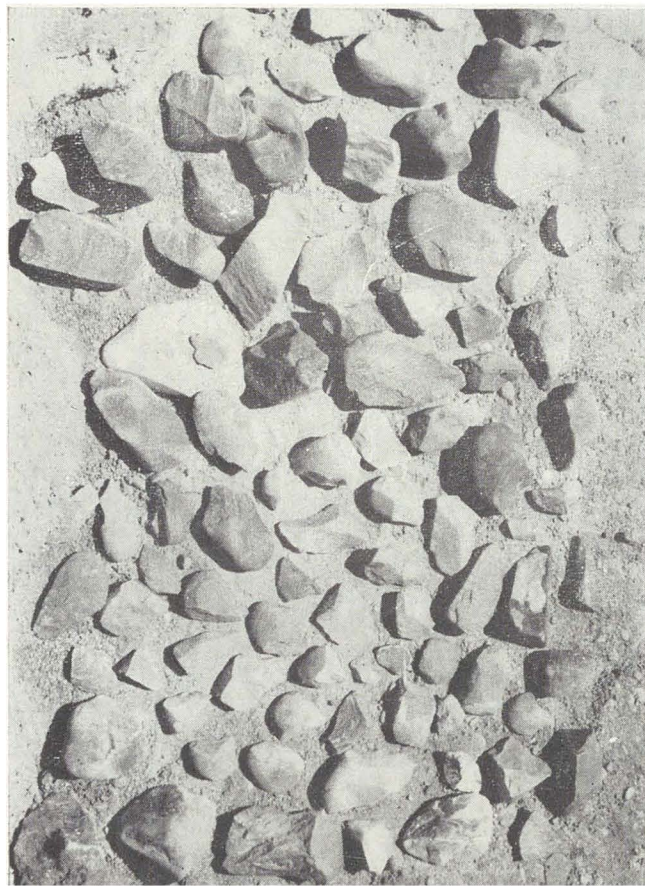


LAMINA VI

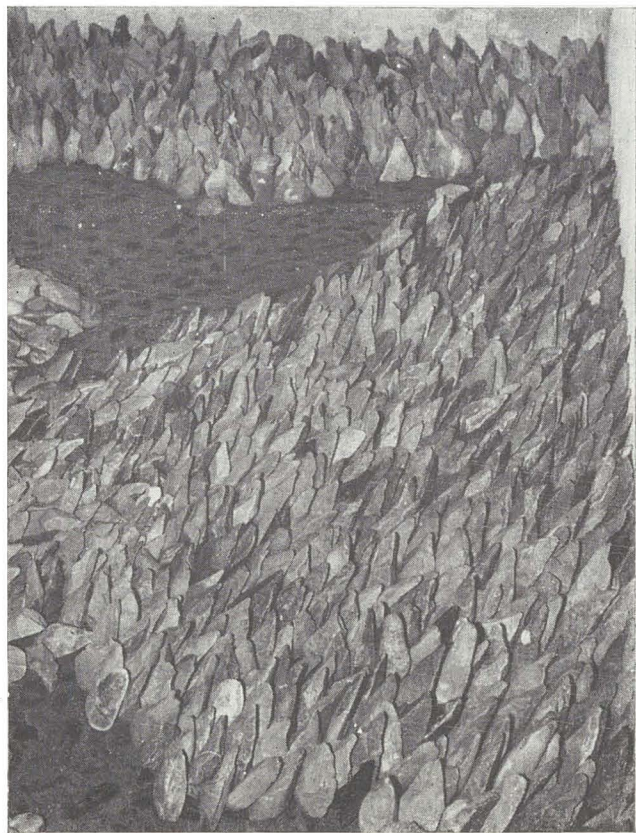
P I N E D O

1. La «cosecha» de una hora de recogida, siguiendo el procedimiento indicado en la lámina anterior. Todas son piedras talladas, aunque habrá muy pocos que lo noten o estén dispuestos a creerlo. Si no las hubiéramos visto salir del yacimiento; si no las hubiéramos recogido personalmente; si se nos mostrasen aisladas, nosotros mismos dudáramos de la talla intencional de algunas de ellas.
2. Dós o tres de cada cien merecen pasar a este lote de formas selectas. Viéndolas además así, por miles, ya no hace falta ser especialista para comprender que su talla no puede ser casual.

VI



1



2

LAMINA VII

TOLEDO

1. De acuerdo con su abolengo, Toledo empedra sus calles con las primeras piedras de su prehistoria. También en el hormigonado del firme han quedado incluidos miles y miles de cantos tallados.
2. Incluso en el empedrado viejo se pueden encontrar, de vez en cuando, algunas hachas como las de Pinedo.

PINEDO

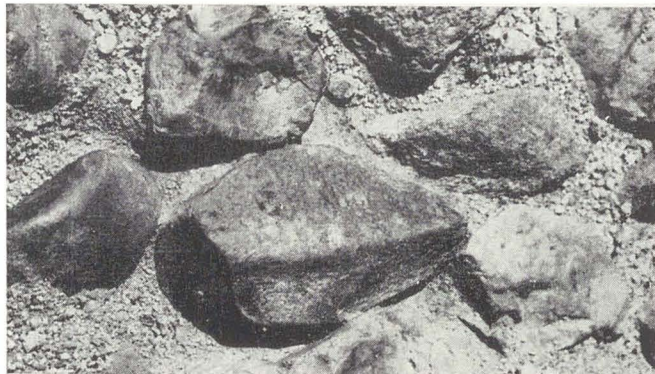
3. En resumen, cientos de siglos de la historia primitiva de Toledo están «escritos» en las graveras de Pinedo. Los podemos distribuir en cuatro grandes capítulos: gravas infrabasales y basales, de tonos claros, que nos hablan de un río que discurre por un país cubierto de bosque (Gran interglacial); niveles arenosos intermedios, en los que se acusa un cambio de clima, marcando una fase siguiente de pradera; gravas superiores embarrizadas, como si el tapiz vegetal hubiera quedado destruido (tercera glaciación); y cubierta de materiales más finos, también quizá fríos, pero en los que renace la esperanza de un nuevo interglacial.

VII

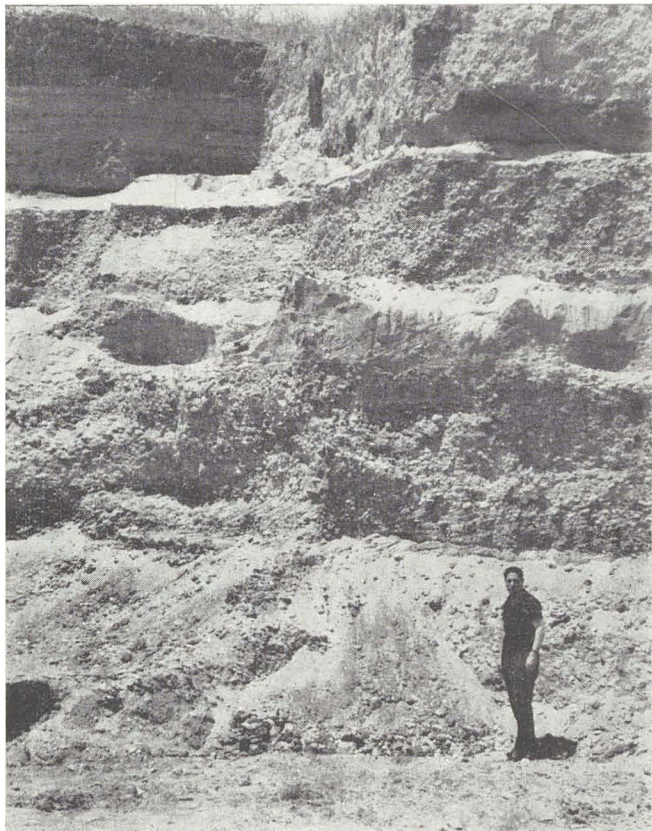
1



2



3





NO. Aunque no podamos hacernos ilusiones sobre su aspecto físico, el hombre primitivo no fue, desde luego, este ser grotesco, panzudo y deforme de las caricaturas.

Además, carece de sentido pintarle con esa tremenda cachiporra en la derecha, mientras el brazo izquierdo permanece ocioso. Aquellos hombres no pudieron permitirse el lujo de tener, como nosotros, una mano inútil. Y esa maza, ese horrible as de bastos, es demasiado pesado, y de empleo demasiado limitado, para que pudiera servirle, realmente, para algo.

Una estaca punzante en una mano, a modo chuzo (pervivencia actual, la vara, la garrota), y una piedra cortante en la otra (pervivencia actual, la navaja), son armas mucho más ventajosas y que, por su empleo múltiple, le permitirían afrontar mejor las más variadas y apuradas situaciones.

